



UTOPIAS Y DIVAGACIONES

Hacia la ciudad futura.

«Tened fuerza—oh, pintores; oh, artistas—
para replegaros sobre vosotros mismos y cla-
var la vista en la luminosa y remota lejanía!»

AZORÍN.

Las carreteras umbrías de Castilla, bordeadas de altos álamos, nos invitan á pasear, dialogando con nosotros mismos, elevando el pensamiento hacia regiones serenas en las que el oficio, en vez de las fatigosas pequeñeces cotidianas, adquiera caracteres de universalidad al abordar problemas que han inquietado constantemente á la parte más selecta del espíritu humano.

Desde la carretera se divisa un castillo cercano, viejas agrupaciones de modestas viviendas, iglesias y campanarios que hace siglos se elevan en la llanura. Todo viejo, en ruinas, hablándonos del pasado, con ese aspecto melancólico de las cosas venidas á menos que van desapareciendo en un lento acabamiento. El sitio, fecundo en perspectivas históricas, es propicio para dirigir una mirada desapasionada al presente y tratar de elevarse á la contemplación del porvenir. Tan sólo dos líneas de hierro que cruzan paralelas la llanura nos sitúan en la actualidad. Llega apagado el rumor de la vieja villa, con sus tiendecitas angostas, en las cuales se van enriqueciendo lentamente unos hombres sedentarios y avarientos, con el espíritu inactual de sus habitantes, ajenos á las inquietudes universales, sin interés por conocer y comprender, viviendo de querellas mezquinas, sin que el tiempo pase por ellos, caminando á la muerte sin deseos, sin grandes pasiones, satisfechos con su vida uniforme.

Ventas y castillos.

Distinguir los movimientos en gestación en la hora presente, investigar su orientación y la trayectoria que han de seguir, es labor aventurada. Si el pasado está lleno de tinieblas, y cada época va rectificando la idea que de él se formó la anterior, el futuro tiene para nosotros el sugestivo encanto de su ignorancia.

A este porvenir que ignoramos, y que se está engendrando á pesar nuestro, tenemos todos el deber de tratar de darle una orientación elevada. El sentimiento de un alto ideal hace grandes á los pueblos y á los hombres á través de la Historia.

Perdamos nuestro tiempo por algunos momentos—más difícil aun que ganarlo—divagando sobre las posibles orientaciones ideales de la arquitectura del porvenir.

Un mismo edificio de la estepa manchega—recordaba hace poco uno de nuestros más hondos escritores—, era pobre venta para Sancho y magnífico castillo para Don Quijote. Dichosos aquellos que en cualquier obra ven siempre una verdadera fortaleza, por la intensidad del espíritu que sobre ella proyectan.

Hacia una arquitectura sintética y sencilla.

El espíritu humano ama el contraste. La sociedad culta del siglo XVIII cultiva, en un ambiente de corrección y mesura, el arte barroco, dinámico y violento, de formas exuberantes, ajenas á toda regla.

Después de la revolución francesa, cuando los soldados de la República combaten contra Europa entera y parece que Francia va á sucumbir, tras un período de lucha y agitación extraordinarias, en el que rápidamente consúmense las ideologías y los hombres que las representan, el arte francés, que ha sido muchas veces norte y guía del de Europa, vuelve los ojos hacia las formas sencillas del clasicismo y evoca de nuevo los recuerdos de Grecia y Roma.

Los días en que vivimos son de los más trágicos y accidentados por que ha pasado la humanidad. Cuatro años de guerra mundial, millares de muertos, revoluciones que van transformando por completo la vida social, han preparado nuestros espíritus para amar la sencillez, la concisión y la naturalidad. En las formas serenas y sintéticas buscamos un descanso á la vida febril y rápida, pródiga en frecuentes transformaciones. Nunca aparece tan repetidamente en el arte el tema pastoril é idílico como cuando los hombres se sienten rodeados de un ambiente de tragedia.

Surge entonces como la fórmula suprema del arte la simplificación á que llegan las sociedades adultas y los hombres ya logrados, siguiendo la trayectoria de lo complejo á lo simple.

Pero en formas serenas puede encerrarse un espíritu violento y atormentado. La pasión romántica dentro de la envoltura clásica; la pasión contenida, consciente de sí misma, ha sido siempre una sugestiva fuente de arte.

En pocas artes puede apreciarse esa trayectoria hacia la simplificación y la síntesis tan marcadamente como en la arquitectura. Hacia ella caminamos rápidamente. Nuestro espíritu la reclama; razones de economía y de rapidez la imponen. A las generaciones próximas legamos una herencia de intranquilidad y febril agitación que vivirán entre edificios sencillos y serenos, de puras líneas arquitectónicas.

Aun caminando hacia su vértice, puede verse en esta tendencia el germen que la dominará en su decadencia, al seguirla hasta en sus últimas consecuencias. Una arquitectura así orientada llegará á convertirse en un arte puramente intelectual, frío y seco, sin vida y sin emoción, razonador, en vez de un puro encanto de los sentidos, como con frecuencia ha sido. Siguiendo una ley eterna, aparecerá entonces una arquitectura sensual y mórbida, llena de fantasía, con las líneas onduladas de la naturaleza y con su rica policromía.

La preocupación de la originalidad.

He aquí una preocupación de nuestros días. Los artistas de tiempos anteriores la ignoraron. Trabajaban bajo la dirección de su maestro, tratando de imitarle. Trabajaban sencillamente para vivir, forma la más noble del esfuerzo humano, sintiendo la necesidad de ganar su pan diariamente.

Los artistas actuales, en cambio, trabajan con la preocupación de hacer algo nuevo, buscando ávidamente una modalidad no ensayada de arte, no pensando en la perfección presente, complacidos en su labor diaria, sino tentados por un remoto

porvenir en el que se les aparecen la gloria y la inmortalidad. Y esa originalidad, huye del que la persigue y se entrega al que no la pretende.

¿Qué importa al verdadero artista lo que de él piense la gente? Trabajando para vivir, gozando en el trabajo de cada día, realizado con amor, alejado del gran público, el elogio y la censura le llegarán lejanos y apagados, como rumores de un mundo distante. Los verdaderos artistas tan sólo atienden á las voces interiores de su espíritu, más solícitos á su vida anímica que á la interpretación que otras gentes pueden dar de su arte.

La vida actual parece, en muchos aspectos, orientarse más hacia la edad media que hacia el renacimiento. Los artistas de tiempos futuros, como los de aquella, tal vez trabajen anónimamente á beneficio de una obra social, en gremios, en sindicatos, dirigiendo sus esfuerzos en un mismo sentido. Si se logra entonces que todos esos artistas sientan el amor de su tarea y solamente por él trabajen, se habrá dado un paso inmenso hacia la formación de un arte nuevo, representativo de la sociedad futura.

La estética romántica.

Sobre la arquitectura pesa una prolongada tradición clásica. Es difícil hoy día emanciparse de principios tan secularmente seguidos, como son: el de la simetría, el de la correspondencia de huecos en alzado en las distintas plantas, el de la igualdad de esos vanos exteriores en una misma planta y parte del edificio...

Casi todos ellos han sido respetados por las arquitecturas más distantes del clasicismo y por las que más presumían de renovadoras. Educados en esa estética tradicional, nos repugnan los edificios que la infringen.

Y, sin embargo, es hora ya de ensayar nuevas disposiciones, de ensanchar los límites entre los que se mueven las formas arquitectónicas. Es hora ya de iniciar en nuestro arte una verdadera estética romántica, que puede ser fecunda en consecuencias y que no consistirá en adoptar formas raras y disposiciones extravagantes, sino en alterar la ordenación de las actuales (1). Aun quedan en arquitectura infinitas posibilidades de renovación que la humanidad irá ensayando. ¿Cuándo se logrará dar entrada en aquella á una estética revolucionaria con todas sus consecuencias?

La ciudad futura.

Lejana y borrosa, en el horizonte de las ideas que serán realidades en un mañana tal vez más próximo de lo que creemos, se nos aparece la silueta de la ciudad futura, con cúpulas bulbosas y torres extrañas de un orientalismo nórdico, reminiscencias de esa lejana y fecunda Rusia que es hoy la preocupación de tantos espíritus.

Las evoluciones artísticas son generalmente más lentas que las ideológicas y no siguen ambas una marcha paralela. Las nuevas normas sociales se dictarán

(1) Considerado el romanticismo como en lo que en un principio fué—una irrupción de la realidad en el arte—, la estética de la arquitectura de nuestro Gaudí es evidentemente romántica.

aún durante mucho tiempo desde edificios construídos con las mismas estructuras del régimen burgués.

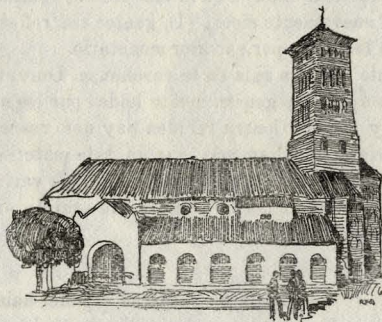
Con el transcurso fatal del tiempo, probablemente una transformación social tan honda como la que se inicia, irá renovando las distintas formas de la civilización, y entre ellas, la arquitectura. Evocando la historia napoleónica, puede adivinarse en el porvenir una transformación de Europa más radical que la propagada por los ejércitos de Bonaparte. Muy poco aportaron á la arquitectura de nuestras ciudades—la urbanización de Madrid es una excepción—los invasores del año 8; no es de suponer que los conquistadores futuros, si algún día llegan á este rincón de Europa, ejerzan mayor influencia en la construcción.

Nuestra fe en la marcha progresiva de la Humanidad, nos hace ver en el porvenir una arquitectura que será cada vez, dentro de formas simples, de más complejidad y diferenciación. Pero si el mejoramiento de los parias, de los que hoy sufren y padecen en la miseria y en la injusticia, exigiere el día de mañana la formación de una ciudad uniforme y monótona en la que todo el mundo tuviera un albergue higiénico y cómodo, habría que aceptar la fórmula arquitectónica que la nueva vida nos aportaba, y tratar de expresar con ella constructivamente el ideal de las muchedumbres redimidas.

Y de vez en vez, las gentes de espíritu viejo, educadas en una estética antigua, atraídas tal vez por el espíritu nuevo, pero sintiendo el amor de la pretérita lejanía, iríamos á los rincones apartados que quedasen entonces á contemplar una arquitectura rudimentaria y primitiva, ignorante de sí misma, como la de nuestras pobres aldeas actuales.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS,
Arquitecto.

Medina del Campo, Agosto de 1920.



San Lorenzo de Sahagún.—Dibujo del Arquitecto R. Fernández Balbuena.